

EL MAR



Naufragio del “Liwingstone”

(28 Enero 1900)

Todo San Sebastián desfiló por la Concha para contemplar el triste cuadro que ofrecía la playa sembrada de vestigios del bergantín dinamarkés.

El viento azotaba frío y penetrante, la lluvia y la nieve caían mezclados, con rigidez de plomo, y, sin embargo, la gente aguantaba á pié firme el temporal, como atraída por fuerza irresistible, como hipnotizada por las furiosas olas.

Y es que la pequeñez humana no podía explicarse, ni con la realidad misma extendida ante sus ojos, todo el poder del mar que en pocas horas había deshecho sin hachas, sin martillos, sin explosivos, un barco fuerte, relativamente grande, cuyos más gruesos maderos estaban tronchados como débiles cañas, y cuyos hierros aparecían quebrados como si fuesen de cristal, ó retorcidos como si fuesen de cera.

Entre la espuma, *flor de los mares*, que la llamó el poeta, garreaban fragmentos de gavias y palos en incesante vaiven, y sobre la arena reposaban hechos astillas los del resto del barco.

Parecía la playa inmenso circo en el que el cuerpo de un cíclope acabase de ser despedazado por monstruosas fieras; aquí una parte de la quilla con algunos maderos corvos de la armadura del barco, que simula un trozo de la columna vertebral con una cuantas costillas descarnadas; allí dos palos del bergantín rotos en varios pedazos como huesos mondados de dos piernas fracturadas en diversas secciones; por todos lados tablones quebrados, herraje roto, cabos de cuerdas corta-

das, como desgarramientos de carnes, de miembros, de vísceras y de venas.

De haberse hecho á martillazos y á hachazos lo que en tan poco tiempo y tan silenciosamente hizo el mar, hubiéranse necesitado semanas, y el ruido hubiera ensordecido á la ciudad.

El mar cometió su crimen con todos los refinamientos del más esperto asesino. De noche, con alevosía, con abuso de fuerza superior, con ensañamiento. Eso sí; fué breve; no quiso que el día le repudiasse su crueldad, y antes de que la luz le sorprendiese había acabado su obra tremenda, despedazando, ¡más aún! pulverizando á su víctima.

Quiso dar testimonio de su imponderable poder y dejó extendida sobre la arena su afirmación trazándola con caracteres de hierro y madera.

Viéndolo aún se duda de que sea tan poderosa su energía que pueda destrozarse entre sus brazos y en tan poco tiempo un barco que es una fortaleza.

Pero la razón se rinde á la evidencia. Debieron las olas coger al barco, llevarle sobre sus rizadas crestas hácia las rocas, levantarle allí en impetuosa montaña, dejarle caer á plomo sobre las peñas, y una vez descuartizado, empezar á jugar con él simulando ejércitos que se precipitan sobre una posición asaltándola y retirándose en cada acometida con abundante botín. Debieron después las olas jugar con la presa echándosela unas á otras como balón infantil, hasta que, hastiadas, la depositaron con soberano desprecio sobre la arena para enviarla después caricias de hirviente espuma.

Todo fué allí cruel y sarcástico, porque cuando consumado el destrozo y venido el día acudió la gente á ver aquel triste cuadro, aún continuaba la orgía de las olas, revolviéndose inquietas, desafiantes, ensoberbecidas y amenazadoras. Parecían querer dar la razón á aquellos espíritus supersticiosos del paganismo que adivinaban en las furias del mar el gigante espíritu de un dios vengativo y rencoroso.

Y la gente permanecía inmóvil, petrificada, como si sus plantas hubieran echado raíces y como si el Cantábrico ejerciese una sujeción más irresistible que poderosos han sido sus embates para hacer de un barco montón de miserables astillas.

ANGEL MARÍA CASTELL.

